

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Miércoles 17 de junio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 755.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Ocho rs. al mes, llevado á domicilio, y 24 por tres meses. Puntos donde se suscribe. En la Administracion, calle del Carmen, núm. 60, y en las librerías de Cuesta, calle Mayor, núm. 3. Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, Oliveres, calle de la Concepcion; Duran, calle de la Victoria, y Lopez, calle del Carmen.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Gatorce rs. por un mes, y 58 por tres meses. Puntos donde se suscribe. En casa de los correspondientes; en las principales librerías y en las administraciones de correos. Tambien puede hacerse la suscripcion por carta franca acompañando libranza ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso. En el extranjero y Ultramar, por tres meses, 70 rs.; por seis, 130, y por un año, 250.

MADRID 17 DE JUNIO.

El discurso que pronunció el señor Tejada en el Senado en la sesión del lunes, encierra verdades de aplicación absoluta, si bien mezcladas con doctrinas que nosotros no debemos ni podemos admitir. El orador, examinando la reforma constitucional desde la elevada región de los principios, vino á combatir enérgicamente ese empeño injustificable de alterar las leyes que forman la Constitución del Estado. El señor Tejada, aun aceptando en su esencia la reforma, la calificó de inconveniente é inoportuna y grandemente ocasionada á los males que siempre produce la inestabilidad de todo código político. En su concepto, el gobierno ha debido replegarse en la Constitución de 1845, que tiene ya la sanción del tiempo, y apoyándose en esta base, introducir en los ramos administrativos aquellas mejoras que fuesen susceptibles.

No tenemos una sola palabra que oponer á las consideraciones del señor Tejada en esta parte. Segun las máximas incontrovertibles de legislación universal, las leyes de un país son tanto mejores, cuanto mas se asimilan á sus costumbres, porque entonces llega á identificarse con su ser; con las manifestaciones espontáneas de su vida. De este modo la acción coercitiva se cambia en hábitos de obediencia; el respeto se convierte en veneración y sirve á esas mismas leyes como de antemural contra los mas fuertes embates de la desgracia. Las leyes políticas, reputadas como la garantía suprema y el cimiento firme de todas las demás; las leyes políticas, que deben ser la expresión concreta de las grandes necesidades sociales; las leyes políticas, que son al cuerpo de una nación lo que son las venas y las arterias al cuerpo de un individuo, es decir, los conductos por donde recibe calor y movimiento; las leyes políticas no deben alterarse mientras no se cambie completamente la manera de existir de esa nación. Concluímos, sin aprobarlo, que se ensayan nuevas Constituciones al día siguiente de una revolución; pero solo admitiendo la inverosimilitud que presentan algunos hechos, podemos comprender el que en una situación normal, bajo el imperio del orden, se tenga el prurito de introducir graves modificaciones en nuestras leyes fundamentales. Los que así obran no advierten sin duda que se ponen consigo mismos en contradicción evidente: ¿cómo han de invocar el orden, que no es ni puede ser otra cosa que el respeto á la legalidad, si empieza alterando la norma, la pauta, el principio regulador de ese mismo orden?

Algo, ó para hablar con mas exactitud, mucho significa la coincidencia en esta parte, de todas las oposiciones levantadas contra la proyectada reforma. El Sr. Tejada, hablando en nombre de la monarquía tradicional, la tacha aunque en términos embozados, de inconveniente é intempestiva; los progresistas la gradúan de estemporánea y anómala; los defensores de la Constitución de 1845, la proclaman innecesaria y nociva en la actualidad. ¿Cómo se explica esta conformidad de opiniones en un asunto tan interesante, y mirado desde tan diversos puntos de vista? ¿Será que todos los que atacan la marcha del gobierno se hayan dejado cegar por el error, y lancen sus tiros precisamente por el lado menos vulnerable? No en verdad; porque las oposiciones podrán no haber procedido siempre con toda la lealtad posible, pero nadie se ha atrevido á negarles el don de la perspicacia. ¿Pues en qué consiste esa reprobación de voces unánimes y que sin embargo se profieren bajo la influencia de sentimientos diametralmente opuestos? Consiste en que esta reforma no satisface las exigencias de ninguno de los partidos; en que no cabe en las doctrinas de ninguna de las facciones militantes; en que tiene algo de mas ó de menos para todas; en que para todas carece del valor de la oportunidad; en que no representa, en suma, ni el verdadero espíritu del país ni el de la época.

El Sr. Tejada ha dicho con mucho fundamento, que los hombres que contribuyeron á formar la Constitución de 1845, no debían arrancar una de las hojas de esa Constitución, para sustituirla con otra que contraría al espíritu dominante en aquel código. Nosotros diremos mas, y es que la Constitución de 1845, fiel y rigurosamente observada, contiene cuantas condiciones se necesitan para sostener la armonía entre la idea monárquica y las ideas liberales; es el verdadero termómetro de la civilización de nuestro país, y prosiguiendo la metáfora, añadiremos que elevando ó bajando la temperatura política, solo se hallará, ó el fuego de las revoluciones, ó la glacial atmósfera del despotismo.

Nosotros, que como hemos manifestado repetidas veces, vemos en cualquiera de estos extremos la muerte del partido conservador; nosotros, que no descubrimos la figura política del duque de Valencia, sino en la representación genuina de ese partido, exhortamos leal y sinceramente al general Narvaez á que vuelva los ojos á su historia y comprenda por lo que ha sido, lo que está llamado á ser. El papel de reformista ni le conviene ni le pertenece; si se obstina en desempeñarlo, él arrostrará los peligros y otros obtendrán la paz y el lauro de la victoria. No debe olvidar

que algunos de los hombres que le rodean y que blasonan de conservar inmaculada la ortodoxia del partido moderado, son los mismos que pugnan por desvirtuar las doctrinas conservadoras. Y sobre todo no olvide que si en las demás esferas de la vida el arrepentimiento, aunque tardío puede ser una nueva y eficaz apelación al porvenir; en la esfera política el arrepentimiento tardío se llama decepción é incapacidad para lo sucesivo, aun á los personajes mas notables.

Si el general Narvaez y sus compañeros de gabinete no quieren correr esta contingencia, es preciso que renuncien á esos proyectos de reforma y á todo cuanto pueda alterar los principios cardinales de la comunión conservadora. Ellos han recibido estos principios como un depósito sagrado; que le conserven religiosamente en las regiones del poder y le transmitan en la hora del infortunio al mismo partido que se le ha confiado. En el artículo de ayer decíamos que en la consecuencia está el mayor mérito de los hombres públicos; para complemento del de hoy diremos, que la inconsecuencia aniquila las reputaciones mas sólidas y el prestigio mejor adquirido.

Ayer prosiguieron en el Senado los debates sobre la totalidad del proyecto de reforma constitucional. Abrióse la sesión á las dos, y leída que fué y aprobada el acta de la anterior, usó de la palabra en contra el señor Calderón Collantes.

Este señor senador, uno de los moderados que se mantienen fieles á todas las doctrinas del gran partido conservador, pronunció un extenso y bien razonado discurso, en el cual rebosaba la erudición y la ciencia constitucional. Difícil cosa sería decidir qué parte de la ilustrada peroración del señor Calderón Collantes fué mas brillante; si la luminosa reseña histórica en que apoyó sus argumentos, ó las rigurosas y concluyentes consecuencias filosóficas que dedujo contra la reforma de los antecedentes históricos del país, y de las apreciaciones sociales de la situación y tendencias de los pueblos en la actualidad. En una y en otras estuvo lógico y feliz, y así hubo de comprenderlo el gobierno, pues el señor Nocedal se levantó á contestar al orador moderado, luego que el señor Calderón Collantes dió fin á su discurso.

A dos puntos se concretó el señor Calderón Collantes en la oposición que hizo al pensamiento de reforma, presentado por el gobierno y aprobado por la comisión. Combatió el principio de la senaduría hereditaria, y el de hacer los reglamentos de los cuerpos colegisladores objeto de una ley.

En general, rechazó uno y otro principio como contrarios á los hasta ahora mantenidos por el partido moderado, esta gran comunión nacional que, sin desconocer la época, prolifera, conserva y defiende todas las conquistas políticas y sociales, que afianzando y engrandeciendo la monarquía constitucional, dan á los pueblos el orden, y con el orden las discusiones, la ilustración, la libertad y los elementos todos de la prosperidad, de la riqueza y de las mejoras materiales que la nación exige y las circunstancias reclaman. Repugnó también la reforma, porque ignoraba dónde tendría esta su límite, y la combatió además porque ni la historia, ni las tradiciones, ni la ciencia constitucional, ni el siglo, ni las conveniencias nacionales están de acuerdo con ella. Profundo, acertado y vigoroso estuvo en su discurso el señor Calderón Collantes, y abrigamos la persuasión de que argumentos tan poderosos, tan incontestables, salidos de los labios de un senador moderado, á quien no puede tacharse de exageración, no tendrán en el curso del debate cumplida y victoriosa réplica, porque cuando la verdad se hace oír, es difícil vencerla, por mas que la imprevisión de algunos, se ofusque ó confunda con sofismas ó apariencias de verdad.

El señor senador don Saturnino Calderón Collantes combatió el principio hereditario, porque la historia no le ha reconocido jamás. Una institución política de elevada importancia y significación, no se funda ni consolida por sola la voluntad del gobierno, cuando esta institución no ha tenido una vida anterior independiente, vigorosa, histórica; cuando carece de antecedentes y de tradiciones respetables en que basarse; y esto es lo que principalmente ha intentado probar y ha demostrado plenamente el señor Calderón Collantes en su discurso de ayer. En los buenos tiempos de la monarquía gótica, en aquellos tiempos de cuyos concilios nació, según el sabio publicista Marina, el antiguo sistema representativo, los nobles no asistían nunca por derecho propio, sino que intervenían en las deliberaciones de los concilios, como simples palatinos que acompañaban al Rey, y en las reuniones de Cortes posteriores, cuando el municipio obtuvo tan grande preponderancia, tampoco la nobleza asistió en virtud de derecho propio, sino en representación del poder real ó por concesiones especiales. Mas aun, Cortes hubo, como las de Valladolid de fines del siglo XIII, y otras subsecuentes en Toro y diferentes ciudades, á las que la nobleza, no solo no acudió, sino que ni siquiera fué convocada.

No contento el señor Calderón Collantes con

presentar estas pruebas históricas, palpables, irrecusables de la falta en la nobleza de derecho propio para intervenir eficazmente en la gestión de los negocios públicos, acudió al memorable suceso político del siglo XVI, en el que los comuneros sucumbieron y con ellos las antiguas libertades y derechos patrios, por abandono de la nobleza; y de este hecho significativo y de incalculables consecuencias, dedujo razones poderosísimas en pro de la tesis que defendía.

Trajo también á cuento, y con gran oportunidad, la comparación de unos tiempos con otros, para dejar demostrado que en todas ocasiones han tenido que sufrir las sociedades guerras, conmociones, trastornos y violencias, acaso antes con mas frecuencia y mayores riesgos para todos, que en la moderna y ultrajada época. Por mucho que lo antiguo se exagera, no podrá desconocerse tampoco que desde que el país ha entrado en la vida del régimen constitucional, la nación prospera rápidamente en mejoras materiales, en población, en riqueza y bienestar, no menos que en ilustración, en artes y en ciencias. ¿Qué caminos, qué canales, qué monumentos ni qué grandes recuerdos se deben á los últimos tiempos, sin embargo de haberse contado con los inmensos recursos que de América venían? Pues entonces, la nobleza pudo tener y tuvo grande influencia é intervención en la dirección de la cosa pública. Nada hay en nuestra nobleza que se asemeje á las tradiciones históricas de la nobleza inglesa, y por lo mismo es impropio é inconducente tratar de fundar en España un Senado hereditario, porque en Inglaterra existe.

Entrando luego el orador en la apreciación de los motivos que ha podido tener el gobierno para erigir en principio político el principio hereditario, manifestó que no podía admitirse que fuese el dar al Senado mas respetabilidad y preponderancia, y enaltecerlo mas, puesto que en esta Cámara es donde se reúnen las notabilidades gubernativas, científicas y políticas, y todas las eminencias é ilustraciones del país. Además, dijo el señor Calderón Collantes, es muy singular que se pretenda enaltecer la nobleza y que se mida la gloria de su nombre por la renta que posee, para adquirir el derecho de tener asiento en el Senado. Dijo también que la revolución de Francia de 1830, tuvo lugar por haberse restablecido la senaduría hereditaria contra lo que aconsejaba la razón histórica.

Después de semejantes precedentes, natural era que combatiere la idea de resucitar los mayorazgos, y lo hizo vigorosamente. Al tratar del punto relativo á la reforma de los reglamentos, estuvo sumamente enérgico S. S., y dijo que acaso se ha presentado, porque existe una tendencia contraria al espíritu de libre discusión, y con este motivo espuso la imposibilidad de vencer y acallar las necesidades de la sociedad actual, porque cuando se comprime la imprenta libre, aparecerá la prensa exagerada, y cuando se violenta la libre discusión, nacerá la discusión apasionada.

Levantóse á contestar al Sr. Calderón Collantes el señor ministro de la Gobernación, y lo hizo con la facilidad y elocuencia que nadie puede negarle, en una improvisación mas florida que sólida, mas elocuente que lógica, mas bella y agradable que victoriosa y concluyente. No caben en la fluidez, la galanura, la riqueza ni la brillantez en los discursos que pronuncia el joven ministro de la Gobernación; pero ni las galas, ni la influencia, ni la arrebatadora elocuencia de un orador como el Sr. Nocedal, son bastantes para arrastrar y convencer, cuando empujado en una cuestión clara, evidente é incontrovertible, se abriga la pretensión de triunfar contra lo que es palpable, lo que está ya manifestado, lo que se halla demostrado. Así fué que el Sr. Nocedal estuvo ayer menos persuasivo que de ordinario, si bien, como siempre, superior, y giró, para contestar al orador que acababa de hablar en contra, en un estrecho círculo histórico, del que tuvo que salir pronto, porque nada podía probar.

Repelió con brio la idea de que pudiera ni por asomos sospecharse que el gobierno intentaba la reforma de los reglamentos para comprimir la libre discusión, y entrando en el fondo de la cuestión, sostuvo con brio que la reforma que se discute está muy lejos de ser una reforma constitucional. Dijo que las revoluciones ó transiciones, conforme explicó la palabra, son duraderas cuando descansan en principios sólidos y razonables, y que cuando nacen por la fuerza de las armas ó de la violencia, son transitorias y fugaces, queriendo sacar de este razonamiento la consecuencia de que las reformas previas impiden los trastornos, y manifestó á este propósito que Luis Felipe no hubiera caído del trono si la corona hubiera contado en 1848 con una Cámara hereditaria que la hubiera dado el prestigio y el apoyo de su respetabilidad y de sus fuerzas. También sentó S. S. que la Constitución de 1842 sucumbió en 1825, porque no existía en ella el principio de una Cámara hereditaria, y citó, en fin, otros ejemplos en defensa de la reforma, porque, según decía S. S. cada vez que se agite la historia y se toman de ella hechos aislados, todo es posible demostrarlo aparentemente.

Después del señor ministro de la Gobernación rectificó el señor Calderón Collantes, para probar al señor Nocedal con los artículos 45 y 47 de la Constitución de 1845, que el proyecto de reforma es evidentemente una reforma constitucional.

Pasaremos por alto un pequeño incidente sobre una alusión personal al general O'Donnell, porque nada significó, y concluiremos diciendo que correspondiendo la palabra al señor Alcalá Galiano, pero siendo ya las cinco, se consultó al Senado para prorrogar la sesión, y se acordó negativamente. Hoy á primera hora hablará, como de la comisión, el señor Galiano, por no haberle sido dable hacerlo ayer.

Brevísimas líneas consagraremos á la sesión celebrada ayer por el Congreso; lo primero porque hoy todo el espacio es poco para dar cabida al extracto oficial de las sesiones de ambas Cámaras, y lo segundo por el escaso interés que ofrece la discusión sobre que recae esta crónica.

Setenta y dos diputados estuvieron presentes á la aprobación del acta del lunes, que mereció los honores de una votación nominal.

Acto continuo se puso á discusión el dictamen de la comisión de actas, en que se pedía la nulidad de la del distrito de Arévalo, provincia de Avila, y que se pasase al gobierno un testimonio de los cargos que resultan contra los individuos de la mesa, para los efectos de la ley.

El interesado, señor Monge, combatió el dictamen en un largo y saporífero discurso. Contestado por el señor Latorre, de la comisión, que puso de manifiesto las ilegalidades, abusos y coacciones ejercidas en dicho distrito, usó de la palabra, también en contra, el señor Balmaseda, cuyo discurso, fácil y correcto, hubo de resentirse de la mala causa que defendía S. S., y fué refutado victoriosamente por el señor Posada Herrera, quien demostró, entre otras cosas, que la mesa de Arévalo no estuvo siquiera intervenida por los parciales del candidato contrario.

El señor Mazo quiso usar de la palabra para contestar á una alusión del señor Balmaseda relativa á la prensa; pero los deseos de aquel señor diputado se estrellaron en la escasa tolerancia de la mesa, que no permitió hablar al señor Mazo. Muy digna de respeto nos parece la persona del señor presidente del Congreso, pero no debería olvidar en ciertas ocasiones, que sobre su autoridad está la autoridad del reglamento, y no nos concretamos á este solo caso.—Basta por hoy.

El señor Balmaseda explicó, sin embargo, muy satisfactoriamente las frases que obligaron al señor Mazo á pedir la palabra, y así terminó este incidente.

El dictamen fué aprobado nominalmente por 88 votos contra 34.

Antes de entrarse en la discusión del proyecto de ley de carreteras, el Sr. Canga Argüelles esplanó la pregunta que tenía anunciada al señor ministro de Gracia y Justicia sobre si estaba ó no vigente el Concordato; á que contestó el señor Seijas Lozano que el gobierno le había restablecido y estaba dispuesto á contestar á todo cuanto sobre su cumplimiento se le preguntase. Entonces el Sr. Canga Argüelles refirió algunos casos de haberse anunciado en arriendo fincas que pertenecieron al clero y debían haberle sido devueltas con arreglo al Concordato. El señor ministro de Gracia y Justicia manifestó que efectivamente el hecho era cierto, pero que, pendientes aun las negociaciones con la Santa Sede, y no habiendo creído conveniente el gobierno devolver al clero una sola parte de sus bienes, cual es la que se halla en poder de la administración de bienes nacionales, no le quedaba otro arbitrio que arrendarlos para no perder esos productos, como es natural.

No satisfecho del todo el señor Canga Argüelles, anunció una interpelación al gobierno sobre el mismo asunto.

El señor Ochoa combatió en un discurso fácil el art. 19 del proyecto de ley sobre carreteras, deteniéndose principalmente á exponer los inconvenientes que puede originar la facultad que en el mismo se concede al ministro de Fomento para distribuir los fondos destinados á carreteras en los distritos que mas le acomode. En igual sentido hablaron los señores Gonzalez de la Vega y Areitio, si bien á este último apenas pudimos comprender algunas frases aisladas de su largo discurso, que obligó al Congreso á prorrogar por una hora la sesión.

Los señores Ardanaz y Echevarría defendieron elocuentemente, y con razones de gran peso el dictamen de la comisión, haciendo ver que no existían los peligros señalados por el señor Ochoa, porque la distribución de fondos, como habíamos manifestado en otra sesión el señor Moyano, no podía hacerse sino equitativamente y con todas las condiciones de legalidad y publicidad que pueden desearse.

Por último, el artículo fué aprobado, levantándose la sesión á las siete y algunos minutos.

En El Orbe de anoche leemos las siguientes líneas:

«Apazada indefinidamente, como parece lo está, la salida del señor Lersundi para la capitania general de la isla de Cuba, y la entrada del señor Gonzalez Brabo en el ministerio que aquel desempeña, se decía anoche en los círculos políticos que prevaleciendo la tendencia iniciada por el presidente del Consejo de ministros, opuesta en un todo á la que representa el señor ministro de Estado, de unión y conciliación la del primero, y de repulsión y repulsa la del segundo, sería nombrado el señor Pidal embajador de París, reemplazándole en la cartera de Estado el señor Gonzalez Brabo.

Si estas noticias saliesen ciertas, variaría notablemente la marcha política que sigue el gobierno, porque el señor Pidal, hombre muy influyente en el Consejo de ministros, ha conseguido hasta ahora neutralizar los buenos deseos del duque de Valencia, haciendo que predomine el espíritu de intolerancia de que hace alarde S. E.

El señor Gonzalez Brabo, orador aventajado, de carácter simpático, activo y unas á propósito para desempeñar la cartera de Estado que la de Marina, seria la antítesis del señor Pidal y le proporcionaría al ministerio voluntades que este le enagena.

Las relaciones de amistad y de simpatía que nos unen con el Sr. Gonzalez Brabo, nos han impedido que antes de ahora manifestásemos nuestra opinión respecto del asunto de que se habla en los anteriores párrafos, de acuerdo en un todo con la de nuestro colega.

Creemos efectivamente que la entrada del señor Gonzalez Brabo en el ministerio, reemplazando al Sr. Pidal, cambiaría en sentido muy favorable las condiciones de la actual situación, conocidas como son las tendencias del señor ministro de Estado, en quien no parece haber tenido gran acogida las protestas de conciliación y tolerancia hechas en favor de todas las facciones del partido moderado por el jefe legítimo y reconocido de este, el señor duque de Valencia. Y ya que de esto hablamos, debemos decir, por vía de contestación á los rumores y apreciaciones que en estos días se han hecho acerca de la conducta de El Occidente, que defendemos hoy, como defendíamos ayer, y seguiremos defendiendo mañana, al señor duque de Valencia como la personificación de los principios moderados escritos en nuestra bandera. Este decidido propósito no se opone á que le advirtamos lealmente las faltas en que incurra su administración, y á que nos declaremos hostiles á los proyectos de reforma constitucional y de ley de imprenta que, en nuestro juicio, se separan de las buenas doctrinas moderadas que representa en el poder el general Narvaez.

Al trasladar La Epoca á sus columnas nuestro artículo del domingo, del cual nos han hecho el honor de ocuparse casi todos nuestros colegas, hace, entre otras, las siguientes observaciones:

«La Constitución de 1845, fielmente observada en su espíritu y en su letra, ni mas ni menos, y la práctica sincera del régimen representativo, parlamentario y constitucional, ha podido ser aquí, y pudiera ser todavía en lo sucesivo una bandera de conciliación y de alianza entre todas las facciones liberales del partido conservador. Esta política, lo repetiremos un día y otro día, es la única que puede afianzar el orden público en España, impedir las reacciones y las revoluciones, y consolidar la dinastía de nuestra Rota. Con gran satisfacción vemos que esta bandera cuenta hoy con la adhesión completa de El Occidente.»

El Occidente ha defendido siempre la Constitución de 1845 y los principios políticos en que está basada; por consiguiente, no hay en el lenguaje de La Epoca toda la precisión que fuera de desear, al decir que vé con gran satisfacción que aquella bandera cuenta hoy con nuestra adhesión completa. Bien claro hemos dicho una y cien veces, que el punto de partida de nuestra política ha sido, es y será la carta de 1845, con la cual está identificado el partido á que pertenecemos.

Ha sido electo diputado en el distrito de Caspe, el Sr. D. Pedro Alonso Perez.

Con arreglo á lo dispuesto en la ley de 31 de julio del año 51, tendrá efecto el día 26 del actual, á las doce de la mañana, en el despacho de la presidencia de la junta de la deuda pública, la subasta de la deuda del Tesoro procedente del personal.

La cantidad que ha de invertirse en la adquisición de los referidos efectos, es la de un millón de reales por cuenta de la cantidad consignada en el presupuesto corriente para esta obligación.

Segun aseguran las Hojas, los señores Bravo Murillo y conde de San Luis no abandonarán la corte mientras permanezcan abiertas las cámaras.

Por parte telegráfica fechada en París el día de ayer, se ha sabido, que el vapor Alma, conduciendo nuestra correspondencia para las Antillas, había llegado á Puerto-Rico el 28 en la noche, despues de una marcha efectiva de 44 días; si la noticia es cierta, habia andado 10^{as} 55 cada hora.

A consecuencia de noticias llegadas á la Habana sobre la cuestión española en Méjico, el general Concha dispuso pararse para Veracruz una parte de nuestra escuadra, habiéndolo hecho ya el 15 de mayo los vapores Colon é Isabel II. Las esperanzas de un arreglo pacífico se disminuían por momentos. En la Habana se temía que los Estados Unidos impulsasen á Méjico en su hostilidad á la España.

Ayer dimos la noticia del próximo enlace del rey de Portugal. Parece que la princesa destinada á sentarse en el trono portugués, está enlazada con la familia real de Inglaterra.

La España continúa examinando el proyecto de ley de imprenta. En la imposibilidad de trasladar íntegro á nuestras columnas el artículo que ayer consagra á este asunto nuestro colega, copiamos algunos de sus párrafos mas notables.

Ocupándose del carácter y condiciones que

que, será útil y suficiente la forma para aspirar a la soberanía del poder soberano, puesto que este reside en los cuerpos colegiados con el rey, y consiste en la facultad de intervenir en la formación de las leyes y en el poder de ejecutarlas? Los que hoy piden la creación de una clase política

CORREO ESTRANJERO.

Elra preciso salir de esta situación, y buscar un estado definitivo por una serie de gradaciones. Y a lo largo de esta gradación sucedió el gobierno feudal, que no era más que la continuación de la lucha que existía, aunque en forma de un sistema de relaciones de producción que distribuía las tierras conquistadas entre los que se sentían el combate, y estableció el origen del gobierno feudal. Y cuáles fueron los efectos de este gobierno, batió la servidumbre; la servidumbre, señores, que una de las condiciones de la infancia de las sociedades. Este es el orden de los pueblos en su constitución: 1.º, el gobierno de esclavos; 2.º, la esclavitud; 3.º, nobleza; y por fin, las municipalidades; y tal es el

CORTES.

Eltra preciso salir de esta situación, y buscar un estado definitivo por una serie de gradaciones. Y a lo largo de esta gótica sucedió el gobierno feudal, que no era más que la continuación de la lucha que existía, aunque ya no se trataba de la lucha entre la nobleza y el pueblo, sino entre las tierras conquistadas entre los que se sentían en combate, y este es el origen del gobierno feudal. Y cuáles fueron los efectos de este gobierno? batió la servidumbre; la servidumbre, señores, que una de las condiciones de la infancia de las sociedades. Este es el orden de los pueblos en su constitución: 1.º, el gobierno de esclavos; 2.º, la esclavitud; 3.º, nobleza; y por fin, las municipalidades; y tal es el

PARTE OFICIAL.

Art. 4.º Cuando el presupuesto de la obra es de 12.000 rs., o fuese el edificio de un mérito artístico especial, el examen de la obra y la formación del presupuesto se practicarán por un árbitro, maestro de obra o aparejador de reconocida aptitud, designado por el director.

de 12,000 rs., y el edificio carece de un mérito artístico especial, el examen de la obra y la formación del

Art. 4.º Cuando el presupuesto de la obra excediere de 12,000 rs., o fuese el edificio de un mérito artístico especial, el examen de la obra y la formación del presupuesto se verificarán por un arquitecto de la aca-

Ayuntamiento de Madrid

que formó parte del poder legislativo, y alivian la suerte que esta institución ha alcanzado en todos los demás países. Ayer os dije, y hoy puedo repetir, que traigo las pruebas de mi aserto, lo que ha sucedido en Bélgica, en el Brasil, en Portugal, en Francia.

En Francia, señores, después de la revolución del año 30, en la famosa sesión del 6 de agosto del mismo año, se discutió esta cuestión. Había grandes motivos para respetarla. En la cámara de los pares figuraban hombres que habían prestado grandes servicios a la monarquía, y a la patria; pero era tal la repugnancia casi instintiva con que se miraba la idea de la patria hereditaria, que en los primeros momentos fueron eliminados de la cámara, entre otros, dos hombres ilustres que eran la gloria de la marina y del ejército franceses, el mariscal Soult y el almirante Duperé.

Pero hay otra dificultad para la creación de la senaduría hereditaria.

Los mayores, ¿podía creerse que habían de ser hoy objeto de discusión y de controversia? Tendréis en cuenta, para combatir esta institución, de apelar al insignificante a quien cito anteriormente. ¿Cómo opinaba Jovellanos sobre la institución de los mayores? Decía que era una institución bárbara, mancha de nuestra legislación, origen de males sin cuento, que no tenía fundamento en las leyes de la monarquía goda, ni en las de la edad media, ni en ninguna causa que pudiera justificarse. Si yo, señores, hoy pronunciase palabras tan fuertes, faltarían anatemas tan terribles contra esta institución, podrían calificarse de exageradas mis doctrinas; por eso he tenido cuidado de apoyar en las opiniones sustentadas por eminentes juristas.

Esta institución no tiene origen en ninguna de las leyes antiguas de la monarquía, ni en el Fuero Juzgo; en ese código, admisión de todos los filósofos. No hubo idea alguna de las vinculaciones hasta fines del siglo XIV. Entonces aparecen algunas; pero en los siglos XV y XVI, se desarrolló esta institución, que llegó a absorber la parte de propiedad que no estaba amortizada por el dote, dando lugar a las reclamaciones de la Corte y al grito unánime de los grandes señores del siglo XVIII. Señores, que yo tener en cuenta los acontecimientos que han pasado sobre la sociedad, el cambio que han tenido las ideas, las cuales han causado una revolución, beneficiada e inevitable.

Esta es una reforma pacífica de la inteligencia, y la conquista de la civilización. Esa gran revolución está hecha en el espíritu del pueblo, antes que se formalizara en la ley. Se condenan muchas de las revoluciones de esta época. Yo no las justifico ahora; pero diré que la que ha condenado a muerte definitivamente la institución de los mayores, contaba con el sentimiento público, y es inútil hacer esfuerzos para resistirle, porque las instituciones que mueren, jamás vuelven por la voluntad de los gobiernos. Lo mismo digo de las instituciones que afectan a la propiedad. Hoy que la sociedad vive bajo la influencia de un principio opuesto al que dominó en los tiempos primitivos, ¿cómo se la pueda obligar a regirse por aquellos principios?

Si se cree indispensable para el establecimiento del Senado hereditario la desaparición de los mayores, y esa institución está muerta, como otras, para no resuscitar, la senaduría hereditaria es imposible.

¿Cómo señores, mientras no venimos esas grandes dificultades, mientras no conseguimos modificar el espíritu público y la tendencia de la época, las inclinaciones de la sociedad, cómo, repito, inventar la creación de una clase política hereditaria? Lo natural era haberla preparado. Cuando yo hubiera visto que el espíritu público se modificaba, entonces hubiera creído posible y natural, y hubiera considerado necesario el establecimiento de una senaduría hereditaria.

Restame, señores, decir breves palabras sobre el último punto que contiene la reforma. La reforma de los reglamentos ha sido una de las reclamaciones de los defensores de ciertas ideas.

Ahora bien: ¿podría de defectos los reglamentos de los cuerpos colegisladores? Pues no se dice que se tiene una confianza absoluta en el espíritu que en ellos domina, y si efectivamente tienen defectos, ¿si son contrarios al bien orden de los negocios sometidos al examen de los cuerpos colegisladores, ¿por qué no se dice hasta qué punto se quiere llevar la reforma? ¿Una vez, señores, ha de decir, por más que me sea doloroso tener al efecto que valen de ciertos términos.

Hay una tendencia, manifestada de largo tiempo acá, contraria al espíritu del libre discurso. El espíritu de examen, el espíritu de discusión, es una de las grandes conquistas de la época moderna. No obstante, señores, la discusión, yo, que quiero gobierno, y gobierno fuerte, yo que he corrido grandes peligros por defender los principios que sostengo, creo que no tienen otra prenda de salvación que el respeto a la ley, en la interpretación fiel y exacta de todas las máximas consignadas en la constitución política del Estado.

He recorrido, señores, todos los puntos que en mi juicio se oponen a que se adopte hoy la reforma propuesta por el gobierno. Tal vez mi tono haya aparecido apasionado; tal vez en el calor de mi discurso haya pronunciado algunas palabras vehementes; pero si así hubiere sido, consiste en que mis convicciones sobre esta cuestión son hoy más profundas que lo han sido nunca; que si esta reforma se aprueba, ha de ejercer una peligrosa influencia sobre el país.

Desde el momento que se anunció la reforma he meditado profundamente sobre ella, y he deducido que si los reglamentos son susceptibles de algunas mejoras, deben realizarse por los mismos cuerpos colegisladores, con la intervención necesaria del gobierno, cuyas ideas nunca podrían ser desatendidas.

Mis palabras no han sido inspiradas por un sentimiento de orgullo. Conozco las dificultades con que ha luchado todos los gobiernos, y que necesariamente han de empujar mas de una vez la marcha del actual. Lejos de aumentar las complicaciones de la situación, ha sido mi deseo prevenir otras, acaso mayores.

Mi voz, mas bien que la de un adversario, ha sido la de un amigo que descubre y advierte los peligros que para que no se caiga en ellos, abismados a un tiempo el sosiego público, la libertad bien entendida, el porvenir del Estado.

El señor ministro de la GOBERNACION (Necadal): Señores, doy las gracias al señor Calderón Collantes, por el ministerio de que ha hecho alarde, y cumplido este primer deber, que el Senado conocerá a due de justicia, para contestar a los diversos puntos de que se ha ocupado S. S.

Una de las principales razones en que se ha apoyado el señor Calderón Collantes, para combatir el dictamen que se discute, es que se ha opuesto a otros proyectos de reforma, y no quiere que ahora se le tache de inconsecuencia. No se lo que S. S. ha querido probar con este argumento.

Se proponía con esto el señor Calderón Collantes dirigir un cargo a todos o a alguno de los señores ministros que se sientan en estos bancos? Pues el señor Calderón Collantes se ha equivocado; pero puesto que S. S. me manifiesta que no ha sido esa su intención, diré de contestarle; diré, sin embargo, que en el rigor de la palabra, el proyecto de ley de reforma que ha presentado el gobierno de S. M., no es verdaderamente una reforma constitucional. ¿Se hace en él, por ventura, la mas mínima alteración en la distribución del poder público? No regiran con él las mismas instituciones que por la Constitución de 1845?

El gobierno se propone únicamente reformar la organización de este cuerpo, aumentar las condiciones que se requieren para entrar por esas puertas, y los señores senadores recordarán que esto, según la Constitución de 1845, debiese ser objeto de una ley. No es en mi opinión, el proyecto del gobierno una reforma constitucional alguna.

En fin, señores, la fuerza, perteneciente al señor Calderón Collantes a la escuela de los hombres políticos que creen que de otra manera que por las leyes se pueden reformar las constituciones? ¿Es S. S. partidario de los que piensan en la omnipotencia de la soberanía nacional? Lo que S. S. sostiene es que las reformas de la ley fundamental del Estado no deben hacerse con la facilidad que las de una ley común.

Dice S. S. que no puede votar la parte del proyecto que se refiere a los reglamentos de los cuerpos colegisladores, porque no le son conocidos los puntos a que el gobierno va a dirigir su reforma. ¿Pero acaso esa ley no ha de venir aquí el examen de los señores senadores?

Dice S. S. que se quiere ahogar la discusión: ¿por qué? ¿Por el gabinete actual, que ha apresurado todos los plazos para la convocatoria de las Cortes? No: el señor Calderón Collantes no ha tenido derecho para hacer ese cargo.

(Un señor senador pareció decir por lo bajo que el ministro volvía la cabeza al señor Calderón Collantes, debiendo dirigirse al Senado.)

Señor presidente: hay un señor senador que me interrumpe. Yo no me dirijo a ningún señor senador, y cuando hablo vuelvo la cabeza a donde me da la gana, digo lo que quiero el señor general O'Donnell. (El señor O'Donnell: Pido la palabra.)

El Sr. PRESIDENTE: Procure V. S. no oír más que lo relativo a la cuestión.

El Sr. ministro de la GOBERNACION (Necadal): Señores: acababa de decir que cumple al gobierno de S. M. dejar sentado que el señor Calderón Collantes, ni nadie, tiene derecho para suponer que el gobierno de S. M. quiere ahogar la discusión.

Acaso el Senado, acaso S. S. no va a examinar esos reglamentos cuya formación sea objeto de una ley? Para contestar al señor Calderón Collantes, habré de seguir fielmente a S. S. y hacer algunas incursiones en la historia. La historia, como vulgarmente se dice, es un arsenal donde todos encuentran armas.

Pero esto consiste en que se cogen hechos aislados para presentarlos en los términos de la conveniencia del que los examina.

No basta, pues, citar hechos históricos y aislados y presentarlos a la medida de la propia conveniencia; lo que hay que hacer es examinar y comparar los sucesos principales de la vida de las naciones, y confrontar la historia de unos países con la de otros. Vamos pues a examinar la historia de los pueblos, y la aristocracia como institución política aplicada al gobierno.

Y para empezar, diré que todas las revoluciones que se han fundado en el elemento tradicional e histórico, han quedado a través de los siglos, haciendo poderosas a las naciones; pero que se han hecho dejando a la espalda ese elemento, todas, han pasado, porque debían pasar, porque así estaba dispuesto por la mano de la Providencia, sin dejar en pos de sí otra cosa que funestos recuerdos. A mediados del siglo XVII pasa la Inglaterra por una revolución sangrienta de la que quedaba mas que la memoria de un genio gigantesco, pero que no tiene poder para darla a la realidad, viéndose después la reacción. Aun no había concluido ese siglo, y se verifica otra revolución en ese mismo país en que se resalta el principio tradicional e histórico, en que se reúnen las dos cámaras, la de los Comunes y la de los Lores espirituales y temporales; que restaura el trono, colocando en él a la hija de Jacobo II; y esa revolución, respetando las leyes antiguas, se afianza y permanece duradera, empezando desde esa día las reformas en el país, paso a paso, con mucha prudencia y discreción.

Mucho mas tarde, la prosperidad de que disfrutaba ese pueblo hace nacer en el contingente desconfianza. ¿Y le imita, por ventura? No. Falsas la base, y sus revoluciones nada aseguran, nada consolidan; y eso por no respetar el elemento histórico y tradicional. De ese modo es fácil que vuelva Napoleón de Egipto, que se establezca el consulado, que venga después el imperio.

Decía ayer el señor Calderón Collantes que el principio hereditario no es un elemento tradicional histórico, y preguntaba que en épocas lo ha sido. Desde la fundación de la monarquía hasta que perecieron las libertades castellanas, que en mi opinión, fue en las Cortes de Toledo en 1530, no en los campos de Villalar. En ellas, por cumplir la nobleza española con su deber, fue expulsada asperamente por el emperador Carlos V, que la había convocado para que aprobasen las *sisas* generales que necesitaba para atender a los gastos de sus guerras. Entonces los nobles debieron decirle: adeje V. M. las guerras que sostiene por toda Europa, y venga a residir a este reino de donde falta hace diez y ocho años, y no será necesaria esa contribución. Entonces dejó la nobleza de pertenecer a las Cortes, donde había defendido los intereses de los pueblos. Esto es lo que significa la nobleza hereditaria.

Hacia también ayer el señor Calderón Collantes este argumento que apuntó en el acto y que después he visto confirmado en el *Extracto oficial de la Gaceta*: «En qué época de la historia se encuentra la intervención de los nobles en las deliberaciones públicas? No será en la de los godos, en que los concejos se componían de obispos?»

El señor Calderón Collantes ha padecido una equivocación, que extraño en un hombre tan entendido como S. S. No son los obispos los que forman la base y el elemento de la organización de aquella época: lo son los que capitaneaban el ejército, los condes palatinos, los que después formaron en España esas asambleas. Lo que aconteció es que cuando la nación española se convirtió al catolicismo, en la nación goda se verificó una especie de amalgama entre la raza conquistadora y la originaria; y como esta era la indígena del país, vino a esos concejos representada por los obispos, que fueron los llamados, y que siendo las mas inteligentes, eran también los únicos cuya voz se oía, porque siempre la inteligencia es la que predomina en todas partes; asistiendo también allí los condes palatinos y los jefes de ejército.

Dice el señor Calderón Collantes que esa es la opinión de Marina, contra la cual se han levantado hombres ilustres, y entre ellos M. Guizot; pero en esto ha padecido un error S. S., pues lo que Marina quiso probar, fue que la Constitución del 12 era una hijallegitima de las instituciones antiguas, y contra esto es contra lo que se levantó M. Guizot, porque verdaderamente no podía sostenerse una cosa mas errónea que esa.

Decía también el Sr. Collantes que la nobleza era turbulenta, que despreciaba al rey, y oprimía al pueblo, y que de ahí surgió la necesidad de una alianza entre el pueblo y el rey, para poderse emancipar de la nobleza. Estas son afirmaciones que no puede hacer fuerza alguna para los que conocen lo que ha sido nuestra nobleza, que habrá en buena hora abusado de su poder, pero que no ha sido, ni es mucho, lo que en otros Estados de Europa. Eso está en la naturaleza de las cosas, y nada hay de que no se abuse; pero no basta decir para que desatendamos los grandes servicios que ha prestado la nobleza, se la quiera eliminar, porque en tal caso habría que oponerse también a las cámaras populares.

Dice también el Sr. Collantes que queremos reducir a una cosa que murió hace tres siglos, y después de eso nos ha manifestado que no existía la renta, por que sin ese requisito debía su cabeza ante la nobleza española, de suerte que la primera parte de su discurso está contestada con la segunda. De todos modos, es un argumento que nada significa, porque si esa es la razón de no aceptar la nobleza como elemento para el Senado, la misma habría para combatir las cámaras populares, pues la nobleza murió como poder político cuando murieron las libertades castellanas. No es, pues, el momento oportuno de oponerse a la participación que ahora se la quiere dar, aquí en que tanto se defienden las libertades castellanas, que desaparecieron al mismo tiempo que el poder político de la nobleza.

Yo no quisiera concluir mi pobre discurso sin hacer una observación que considero importante, pues como los ataques que se nos hacen parten de todos lados, no quisiera que mi amigo el señor Tejeda sacara de mis palabras ningún género de argumento en su favor. Al vestir las constituciones modernas con el elemento tradicional, histórico, es preciso hacerlo de suerte que salgan vestidas completamente a la antigua; no, debe vestirlas así a la moderna, completamente a la moderna.

Demostremos, pues, que la nobleza es un elemento político en los antiguos tiempos de la monarquía española; que lo ha sido siempre, salvo de tres siglos a esta parte que no ha habido representación nacional ni libertades políticas, y por consiguiente no hay elementos para el elemento político, demostrado está también que la reforma propuesta por el gobierno es tan importante como conveniente.

Pero dice el señor Calderón Collantes: para eso es preciso restablecer las vinculaciones, esas vinculaciones, contra las que tanto dijeron hombres tan eminentes como el ilustre Jovellanos. En primer lugar, debo decir a S. S. que nosotros no vamos a restablecer las vinculaciones; no hacemos mas que una excepción respecto a la cuestión presente, no hacemos mas que restablecer un número de vinculaciones que se consideraban absolutamente necesarias para la conservación

de un gran principio político. Y como esto es cierto, y como se ha demostrado, resulta que ese gran argumento que S. S. ha hecho contra el proyecto que se discute, no tiene fuerza alguna.

No quiero molestos más al Senado. No he descendido a examinar todos los detalles y pormenores de esta cuestión, porque no debía hacerlo: ocasión llegará, en que esa se discuta, y entonces, oradores de mas elocuencia, de mas saber y de mas experiencia que yo, llevarán la convicción mas profunda al ánimo de todos los señores senadores.

El señor Calderón Collantes rectifica. (Para una alusión): Esta es la primera vez que he visto que un señor ministro que no es senador nos haya dado una lección a todos. Hablando S. S. tomaba yo parte en una conversación particular, y S. S. creyó que me dirigía a él, interrumpiéndome. Con este motivo se expresó con calor, usando una frase que creo grave, puesto que escité al señor presidente a hacer que no hablaran los señores senadores, añadiendo que mientras él oyera algo, contestaría.

Como nada dijo el señor presidente, creí yo que debía pedir la palabra, dejando a la consideración del Senado la conveniencia o inconveniencia de la lección que ha querido darnos el señor ministro de la Gobernación.

El señor PRESIDENTE: Sin duda ha interrumpido V. S. al señor ministro cuando este lo ha dicho y redarguido, usando del derecho que tienen todos los oradores en esta Cámara para ser interrumpidos. Si yo lo hubiera notado, habría tratado de impedirlo, como lo hago siempre, en cumplimiento de mi deber; pero no habiendo sido así, no creo que el presidente merezca reconvención alguna. Por lo demás, repito que todo orador está en derecho al reclamar cuando se le interrumpe; si así quiere calificarse como lección, debimos recibir todos.

El señor ministro de la GOBERNACION (Necadal): No contestaría al Sr. O'Donnell, sino me hubiera atribuido el deseo de dar una lección al Senado; cosa que no he creído nada sino S. S. Lo que he pretendido es muy frecuente en las asambleas deliberantes: cuando un orador es interrumpido, dice la interrupción al paso y la contesta. Esto es lo que hacen los oradores que no tratan de sus casi los discursos estadísticos, y apelo en esto al testimonio de los eminentes señores que me rodean. Lo que yo he hecho no lo prohibe el reglamento del Senado, ni el del Congreso, ni el de ninguna otra asamblea deliberante.

El señor conde de LUCENA: Si el señor ministro se hubiera limitado solo a contestar la frase que ha dicho, yo no hubiera pedido la palabra; y por lo tanto, no viene a cuento lo de los discursos estadísticos, pues por lo que hace a mí, ¡qué estudio lo que digo! Pido la palabra cuando, dirigiéndose al Sr. presidente, le digo que hubiera que los señores senadores no hablaran, porque contestaría a lo que oyerá. Esto es lo que he creído que era una lección.

El Sr. PRESIDENTE: Yo por mi parte no la he tomado como tal: una reclamación no es una lección. Cuando cualquier orador hace en esta Cámara una reclamación de ese género, procuro que se observe el reglamento. No he recibido, pues, como tal lección las palabras a que alude S. S., ni he creído cuando sea contraria al decoro y prestigio del Senado.

Pasadas las horas del reglamento, y estando para hablar el señor Alcañiz Galiano, como de la comisión, pregunté al Senado si se prorrogaría la sesión, y el acuerdo fué negativo.

El Sr. PRESIDENTE: S. S. suspende esta discusión para continuarla mañana a la misma hora. Se levanta la sesión. Erán las cinco.

CONGRESO. PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA. Extracto de la sesión celebrada el día 16 de junio de 1887.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior sesión nominal, por 72 señores diputados.

El señor conde de VISTAFRANCA: Dijo ayer en nombre de D. Acebal Miranda, que el estado de salud no le permitía asistir a las sesiones.

Pasaron a la comisión varios documentos relativos a las actas electorales.

Se declaró conforme con lo acordado, y aprobó definitivamente el proyecto sobre anulación de la ley de abono de los once años a los desamortizados de 1813 a 1854.

ORDEN DEL DIA. Actas de Arévalo. Leído el dictamen de la comisión, proponiendo la anulación del acta de Arévalo, dijo:

El Sr. SANCHEZ MONGE: Dificilísimo me dirigié al Congreso para los que no tenemos costumbre de hacerlo; esta dificultad me da de punto teniendo que tratar de una cuestión que me es personal, del acta de mi elección.

El distrito de Arévalo consta de dos secciones: Arévalo y Fontiveros. Se dice que en la primera, no hubo la legalidad debida por parte de la mesa, y que la contendiente el Sr. Alfaro, no tuvo participación en la mesa definitiva. Al emprender la elección, nombró el presidente los dos mas jóvenes para secretarios, contra esta mesa interina, no hubo reclamación alguna por entonces; y sin embargo, a las doce del día dejó de inspirar esta mesa la confianza que había inspirado a los parciales del Sr. Alfaro a las ocho. ¿Cómo se varió este fenómeno? El Congreso podrá calcularlo.

Vino la constitución de la mesa definitiva, y sucedió, que, habiendo sido llevados muchos allí contra su voluntad y sus ideas, votaron lo contrario de lo que pensaban que iban a votar los que allí se llevaban. Por eso el resultado no correspondió a lo que esperaban los parciales del Sr. Alfaro.

Se habla de coacción. Yo también presentaré ejemplos de ella. El vice-presidente del Consejo provincial, el tesoro de rentas y el administrador de bienes nacionales, hicieron cuanto estuvo a su alcance para evitar mi elección. Señores, cualquiera comprende que cuando los electores tienen que rendir cuentas, imparte justicia para cortar pinos y acudir en los negocios administrativos al consejo provincial, la influencia de estos funcionarios es omnipotente, mucho mas en una provincia tan sumisa como la de Avila, y tratándose de un vice-presidente tan discrecional en el mando, que habla prometido a los electores sacar adelante sus negocios si votaban al Sr. Alfaro.

El tesoro recorrió los pueblos: el administrador de bienes nacionales había tratado de desuiciar de sus arrendamientos a los que no votasen al Sr. Alfaro, y en prueba de ello leé uno de los infinitos oficios que en aquellos días circulaban por el distrito. «Estando prevenido, dice el administrador, que se renueven los arriendos, que finalizan en el presente año (no había tal prevención), cuyos sueltos llegan en colación a las de la hacienda, se presentaron los colonos en esta administración de mi cargo en los días 5 y 9 de marzo. A consecuencia de esto, y otros oficios, comparecieron muchos labradores, y fué tal el abuso, y tan las alarres, que algunos alcaldes tuvieron que dirigirse al gobernador en demanda de justicia, y el gobernador tuvo que decir que no estaba prevenido que se renovasen los arrendamientos. Alcaide decenal al gobernador: (su señoría leyó una carta, en que se acusaba al administrador de renovar los arrendamientos con la condición de votar al Sr. Alfaro.) Con estos antecedentes, fácilmente se explica que los electores que hubieran ofrecido una cosa en público, se hubieran reservado obrar de otra manera en secreto».

Esto es tanto mas naturalmente cuanto que la influencia no se improvisa; y voy a decir aquí lo que he consignado ante la comisión, estando presente el interesado. En Arévalo no es la primera vez que disputamos la elección el señor Alfaro y yo; llevamos cuatro luchas, y en las dos que el señor Alfaro ha sido nombrado, con escándalo del país, se ha suplantado la elección en la mesa. En la tercera, el señor Alfaro se quedó con los electores la víspera de la elección. Desde entonces acá, no sé qué es lo que ha hecho la transformación radical que vendría a revelarnos la votación de 1887. El señor Alfaro no ha hecho publicaciones ninguna notable; no ha hecho grandes favores; ha sido fiscal de la deuda, pero esto no ha producido ventura alguna a

los electores. Y si no ha habido ninguno de esos hechos graves que cambian las condiciones de un distrito, ¿de dónde viene ese creciente prestigio que se supone en el señor Alfaro?

Vase como al venir a votar la mesa definitiva, los electores que lo hicieron cumplieron sus compromisos, encontrando en el secreto de la votación la garantía contra las amenazas que se les habían hecho.

Verificado el escrutinio, hubo uno que dijo, que el resultado no estaba conforme con la afirmación que yo le había hecho, dejó de insertarse esa protesta? No: así está la protesta; y aunque se ha venido alegando que se espulsó a muchos del local por medio de la guardia civil, esto es tan innecesario, cuanto que ni aun en la población había guardia civil. El jefe de esta unidad, en oficio que tengo aquí, que no podía enviar de modo alguno la fuerza que reclamaba el alcalde.

Creo haber probado que el acta de la sección de Arévalo es legítima; pero que fuese nula, la jurisprudencia del Congreso establece, que el todo no se vicie por la parte. La sección de Fontiveros ofreció una mayoría de 15 votos a mi favor. En el año 47, la comisión se desahogó, trasladando de las elecciones de Buitrago (Huesca), decía que debían anularse los votos de la sección de Campo, y que, teniendo solo en cuenta la otra sección, se admitiera al señor Olivan. Este es un caso enteramente idéntico al mío.

Ante anticipada una observación. La comisión ha dicho que era necesario tener la mayoría absoluta de los que tomaran parte en la elección, pero en el caso a que acaba de hacer referencia, no se atendió sino a la mayoría absoluta de la sección que se espulsaba.

Creo, pues, que el Congreso debe aprobar el acta de Arévalo.

El Sr. BLANCO DE LATOJA: La posición de la comisión es siempre excepcional; pocas veces se le hace justicia, y no es extraño. El señor Monge, para defender su acta, ha hecho la historia de la elección, presentándose como víctima de los abusos de otro candidato. La comisión no ha podido averiguar quién era el candidato que pudiera llamarse del gobierno; aunque tan propiamente, porque la comisión no ha visto en estas elecciones ningún candidato ministerial; pero crea al señor Monge, candidato del gobernador, y a lo menos del alcalde, tanto de S. S. Así la comisión se ha sorprendido al ser acusados al vicepresidente del consejo provincial y otros funcionarios, de coacciones contra el señor Monge y en favor del candidato de oposición. Verdaderamente no tenía noticia de estas calumnias que S. S. se presenta como víctima.

Para rebatir los argumentos del señor Monge no necesitó mucho. La comisión tiene un ruego invariable: una mesa no interviene no merece crédito. Pues bien, aquí habido en esa mesa no interviene y prosidida además por un pariente del señor Monge.

En el acta se protestó que solo un secretario llevaba la nota de la elección, debiendo llevarla los cuatro. Los parciales del señor Alfaro no bajaban de 87. Si el señor Monge ha tenido 104 para sacar la mesa doble, era imposible que con esos 104 hubiese podido sacar cuatro secretarios.

Pero dice S. S.: los que han votado la mesa definitiva no tenían obligación de votar después al diputado. No sabe S. S. que la base de la elección es la mesa definitiva? ¿Por qué no votaron a S. S. para diputado los mismos que habían votado sus candidatos para la mesa definitiva? Claro está: así en las falsificaciones, muchos electores no votaron, porque sospecharon que los votos que iban a dar al señor Alfaro se aplicarían al señor Monge.

Pero dice el Sr. Monge: en Fontiveros tengo 14 votos de mayoría; y por los mismos principios que se han invocado en otras ocasiones, se me debe proclamar diputado. Pero S. S. no ha contado con que los votos de Fontiveros, no compensan los perdidos en la primera sección. El candidato contrario me ha llevado 87 votos, mas 12 que no fueron a votar por haber sabido lo que había pasado. Por consiguiente, si estos se computan, el señor Alfaro tendrá 25 votos de mayoría sobre el señor Monge; y prestando de que yo no admitiré el precedente que ha citado, no se puede aplicar ese precedente a S. S.

Hablo S. S. de ciertas diligencias en apelación a la audiencia, contra el acta del juez de Arévalo. La comisión ha examinado la solicitud de contrajustificación, y ha visto que ninguno de sus artículos se refería a la base de la elección. La comisión no se ha precipitado desde el 1.º de mayo sobre el señor Monge todas las pruebas que presentaba su contrario; y sin embargo, hasta ahora no ha pretendido hacer contrajustificación.

Pero hay una cosa que S. S. no puede justificar, y es que la mesa de Arévalo ha estado intervenida. No pudiendo probarse esto, la comisión no ha podido denegar la presentación de su dictamen, y pide, por tanto, que se apruebe.

Los señores Monge y Blanco de La Torre rectifican. El Sr. BALMASEDA: Creo que el Congreso debe ser muy severo en las cuestiones de acta. Parece que estas cuestiones se van haciendo cuestiones de compadres, en que se buscan votos de diputados amigos, y se comprometen para aprobar actas que no se han examinado.

Las de Arévalo, señores, están arregladas a la ley, pero hay personas que tienen habilidad de fariseo, y a la vez a la que los congresos. Mucho antes de abrirse el Congreso se había dicho en los periódicos que las actas de Arévalo eran las mas malas. Después el señor Alfaro presentó una querrela ante el juez de primera instancia, y ese juez, que no ha admitido las informaciones del señor Monge, admitió la de Alfaro. Pero el señor Alfaro no se contentó con esto, y ha traído aquí una multitud de documentos y testimonios para que, viéndolos las voluntades, nos asustáramos y dijéramos: mucho debe ser lo malo de esas actas cuando tanto se ha escrito sobre ellas. Pues bien, examinando todo esto, los señores de los periódicos y los documentos del señor Alfaro, todo es insignificante. Ningún periodista acogerá un hecho contra la honra de un ciudadano; pero en materias como esta, en que no se ataca a la honra de una persona, ninguno tiene dificultad en dar gusto a un compadre. ¿Qué resultado podía tener la querrela? Ninguno: no ha pasado del auto del juez. Pues bien, los documentos están reducidos a una protesta, y sobre esa protesta se fundan otras cuatro protestas, y testimonios de todas clases, contradictorios y confusos.

En una protesta se dice que la guardia civil había espulsado a los electores; y en otra ya no se habla de este hecho, porque se sabía que la guardia civil no podía ser sobornada para que faltase a la verdad.

Sobre la falsedad, por medio del mayor número de rayas, puestas al nombre del señor Monge, y menor al del señor Alfaro, no se hace protesta sino cinco días después; y los electores están viendo ese hecho, y no difieren nada en el acta, cuando mas les interesa. ¿Es esto creíble, señores?

«Dien también que todos los 91 llevaban la cuenta de los candidatos que iban saliendo. Señores, ¿es posible que todos los electores llevarán la cuenta? ¿Y quién nos garantiza que todos sean electores? ¿Y quién que sean verdaderas esas firmas que han venido en las protestas?»

Voy a hacer ahora, sin ofender a nadie, la comparación de las posiciones respectivas. El señor Monge es labrador ganadero, conocido de la provincia; está en situación de poder servir a sus conciudadanos; tenía las simpatías de los empleados y ganaderos; el señor Alfaro, como empleado, tenía las simpatías de los empleados. Los colonos habían contraído compromiso por el señor Monge; los propietarios en favor de Alfaro; así cuando la votación fue secreta, la mayoría fue del señor Monge. Y entonces, ¿qué hizo el señor Alfaro? Apelar a la votación pública; y los electores que habían votado por el señor Monge, al ver que podían perder su sustento, llamados luego, tuvieron que decir lo contrario de lo que habían votado.

Pido que se desapruebe el dictamen de la mayoría, o al menos, se de tiempo a que se oiga al señor Monge, antes de deliberar.

El Sr. POSADA HERRERA: Creo que esta es materia, no de discursos, sino mas bien de las que el Congreso debe tratar familiarmente.

Dice el señor Balmaseda, que las cuestiones de actas son de compadres. Esta es una palabra buena para los pastos, pero no para el Congreso. ¿Qué es lo que el Sr. Balmaseda ha dicho que los interesados procuraban hacer las cuestiones de compadres, no que el Congreso las considerase tales.

El Sr. POSADA HERRERA: He tenido mucho gusto en oír esa rectificación.

Señores, en el acta de Arévalo aparece en la mesa definitiva con 104 votos los candidatos del señor Monge, y sin embargo, 87 personas dicen que han votado a los candidatos del señor Alfaro. Además, habiendo tenido 104 el señor Monge para la mesa, no tuvo para diputado sino 63. Dice el señor Monge que los electores no se atrevían a votar en la coacción que ejercía el señor Alfaro. Señores, ¿cómo en la posibilidad que 87 electores no se atreviesen a votar, por miedo, habiendo votado la mesa interina, y que además acusaran por ese mismo miedo a la mesa de falsaria? Señores, se necesitan otros datos que los que ha presentado el señor Monge, para hacer creer un hecho de esta magnitud tan extraordinario.

Pero hay un indicio muy fuerte que corrobora el juicio de la comisión. El señor Monge ha pedido hacer una información; y es notable que en el articulo de esa información no se consigna el hecho principal, si los secretarios escrutadores han leído perfectamente las papeletas y publicado con arreglo a ellas el escrutinio. Señores, la publicación de la mesa definitiva fue un acto falso, y por eso los electores se abstuviéron de votar.

Por lo demás, sería un hecho singular que cuando una fracción política comete un acto que merece se declare la nulidad de una sección, se proclamase diputado al favorecido por ese acto. No son esos los precedentes del Congreso. Pido, pues, a los señores diputados, que declaren nula el acta de Arévalo, como propone la comisión.

El Sr. MAZO: Ha dicho el señor Balmaseda, que la prensa ha estado a disposición del señor Alfaro. La prensa.

El Sr. BALMASEDA: He hecho a la prensa la honra que se merece. No he hablado sino de la deferencia con que por ella se arreglan los hechos recomendados por un amigo cuando no afectan al honor de los ciudadanos.

El Sr. MONGE: La ley no autoriza a la confrontación de todas las papeletas, sino para reclamar respecto de aquellas de que se tenga duda.

Por lo demás, permitáseme la defensa: permítaseme contrajustificar, y después de darme, yo respetaré el dictamen que de la comisión, aun cuando me sea desfavorable.

El Sr. POSADA HERRERA: La comisión ha permitido hasta tal punto la defensa del señor Monge, que da por cierto cuanto ha tratado de justificar S. S. Leído el dictamen, y habiendo pedido varios señores diputados que la votación sobre su aprobación fuera nominal, se verificó esta, resultando aprobado por 79 votos contra 24.

Carreteras. Entrando en seguida en la discusión pendiente sobre la ley de carreteras, se leyeron una enmienda de los señores López Surrain y otros, y una adición de los señores Herrera y otros, que pasaron a la comisión.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Creo que está en el Congreso el señor ministro de Gracia y Justicia, y estando dispuesto, según nos ha dicho, a contestar a la pregunta que le dirigí el otro día, suplico al señor presidente me permita hacerla.

El Sr. PRESIDENTE: Cuando el señor ministro esté en el salón podrá V. S. hacerla.

Se leyó el art. 19 de la ley de carreteras, sobre el cual dijo:

El Sr. OCHOA: Empiezo por dar las gracias al señor González de la Vega.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Señor presidente, yo tenía la palabra pedida, pero la oído con mucho gusto al señor Ochoa.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Puedo hacer la pregunta al señor ministro, puesto que ya está presente?

El Sr. PRESIDENTE: Puede V. S. hacerla.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Desearía saber si el Concordato, según se ha hecho público, está o no vigente, porque tengo entendido que hay varios hechos en contra de esta disposición. Si el reglamento me lo permite, esplanaré mi pregunta; pero si esto basta, puedo el señor ministro contestarme.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: El gobierno hizo una declaración de que estaba vigente el Concordato, y está dispuesto a contestar a cualquier pregunta que haga S. S.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Nada es tan satisfactorio para mí, como levantar mi voz en defensa de los intereses católicos. No basta declarar que está vigente ese pacto, si los fieles, vienen a contrariarlo todos los días. El primero de estos hechos es, el anuncio de arrendamiento hecho en el *Boletín* de Orense, de una finca de las llamadas iglesias. Segundo. La *Gaceta* del 7 de este mes, anuncia la subasta de unas tierras de la Iglesia de Vicalvar. Tercero. Habiéndose pedido por algunos párrocos de Orense, que se exceptuara de la venta ciertos bienes iglesias, no he tenido efecto su solicitud, y los párrocos se han visto en la necesidad de protestar. Yo pregunto: ¿quién es el gobierno que no notifica

se rozan con las ideas económicas; y esa es la causa de esa fluctuación constante en la opinión, porque los electores, al mandar aquí a sus representantes, lo hacen con la ilusión de que harán economías; ilusión que siempre se convierte en un desengaño, sean los diputados moderados o progresistas.

El Sr. Salazar y Mazaredo decía el otro día que por qué su provincia, que tenía casi completamente construidos todos sus caminos vecinales y provinciales, había de pagar los de las demas. Y yo digo, volviendo al revés el argumento: si en mi provincia, como no tiene casi ningún camino, se ha de construir, como dijo el señor ministro el otro día, un camino para cada pueblo, el que vaya de Marjaliza a Orgaz por ejemplo, que no tendrá de extensión mas de una legua, costará mas de 6 mil onzas de reales; ¿cómo de gastar esta suma para unir entre sí dos pueblos, cuyos asuntos están reducidos a que un día vaya un hombre del uno al otro montado en una burra? Creo que esto no se hará, y que por consiguiente, con esa ley solo se conseguirá que unos pueblos obtengan las ventajas y otros tengan que contentarse con una esperanza que no se realizará nunca, teniendo al mismo tiempo que pagar una contribución onerosísima.

Voy a concluir, señores, porque no soy amigo de los discursos largos, defendiendo la diputación provincial de Toledo de la inculpación que se ha dirigido en general a las de todas las provincias, tachándolas de perezosas. La de Toledo ha demostrado siempre muchísimo celo por las obras públicas, y si estas no han hecho allí, no ha sido la culpa mas que del gobierno y de la dirección.

El Sr. ARDANAZ: Los argumentos del señor Ochoa forman parte de varios de los argumentos aducidos contra el todo y el art. 19 de la ley. Se ha dicho (no por el señor Ochoa), que la comisión no ha contestado a ningún argumento que contra ella se ha hecho. Lo que se ha manifestado por la comisión, es, que queremos la discusión en su lugar, y esto era un deber en nosotros, por mas que la oposición no quisiera reconocerlo.

Sentado esto, voy a empezar defendiendo el artículo en cuestión, y me alegro de que tenga tan buenas bases nuestra ley, puesto que el señor Ochoa dice que este artículo es la base principal, y el señor González de la Vega decía que lo es el primero.

Se dice: 1.º, que es centralizador, porque quita la vida a las localidades; 2.º, que es incompatible con la ley; 3.º, que impone una carga demasiado grave a los pueblos; 4.º, que es muy dado a la opinión, porque tiende al favoritismo en la distribución de los fondos para las obras; y 5.º, por último, que impone una carga tan grave al Tesoro, que no pueden los pueblos soportarla.

Respecto a la centralización, se ha dicho que había contradicción entre la comisión y el gobierno. Lo que ha sucedido aquí es que algunos señores que habían asistido a la comisión, no han entendido el espíritu de la ley, y dicen por eso que trata de centralizar. (El señor Elduayen pide la palabra.)

El proyecto es centralizador, porque lleva a las provincias facultades que hoy no tienen; el gobierno quiere hacer esos caminos, pero no quiere quitar a las provincias el derecho de hacer los suyos.

Lo mismo que se propone en esta ley, se está haciendo con los faros, en ciertos puertos pequeños, obras mas de localidad que los caminos vecinales, y otro tanto con los mismos puertos, que todos se construyen por el Estado. ¿Qué extraño es, pues, que se haga también en los caminos?

Respecto al segundo cargo, ¿a mí no se me alcanza cómo se puede decir que está en contradicción con las leyes vigentes. A esta denegación se contesta simplemente diciendo que coexisten, porque en nada se oponen a la ley, como lo hace ver el que la provincia de Madrid acaba de contratar un empréstito de seis millones para caminos vecinales y provinciales hechos por la provincia.

Al tercer cargo contestaré, que si con la ley se fuese a amenguar el personal de obras públicas, comprendería este cargo; pero si se va a dar dirección a ese personal y no a disminuirlo, ¿cómo se dice esto? Ese cuerpo se va a unir, y así es como producirá mayor efecto útil.

Cuarto cargo. Este, felizmente lo ha repetido el señor Ochoa. En apoyo de la ley dijo el señor ministro el otro día cómo se hacia la distribución de los fondos, y el señor González de la Vega dijo que no había podido hacerse así sino barriendo todas las leyes. S. S. se ha equivocado: las Cortes no votan los créditos al gobierno mas que por capítulos; por consiguiente, está bien dicho lo que aquí se ha dicho. De tal modo me asombra este argumento, que no puedo menos de volver a él. Dice S. S. el otro día, que después de hecha la distribución de clases, podía el ministro hacer la distribución como lo creyera conveniente, y esto no es así, puesto que las Cortes votarán los presupuestos por capítulos, y en Consejo de ministros se hará después la distribución en obras. Veo, pues, el Congreso, cómo el señor González de la Vega ha atacado el dictamen de la comisión sin entenderse bien de su espíritu, y puede decirse que solamente por prurito de hacer la oposición.

Quinto cargo. Se dice que se va a gravar muchísimo el presupuesto. Es preciso comprender lo que el proyecto de ley dispone. Lo que se quiere es que lleguemos a un equilibrio conveniente entre las diversas clases de caminos; pero no con la rapidez que lo ha de hacer, ni la cantidad que hay que dar, solo esto dice la ley, y no tiene fundamento cuanto se diga contra ella respecto a presupuestos.

Si las Cortes tienen las ideas que yo creo, se me figura que votarán mas para el presupuesto de obras públicas; pero aunque así no fuese, se había conseguido el equilibrio de los caminos de diversos órdenes. Yo creo que el presupuesto de obras públicas se aumentará, porque se levanta un clamor de todas las provincias pidiendo caminos. ¿Se quiere hacerlos? Pues es preciso gastar dinero.

Aquí, señores, se trata de hacer los caminos que reclamamos nuestras necesidades, del modo mejor, mas pronto y mas barato, y es indudable que el método que propone la comisión es el mas a propósito para esto, por la unidad que establece en los trabajos.

Se dice que el presupuesto de obras públicas se consume todo en el personal. Pues qué, señores, en esta clase de obras, ¿gastan en las industrias, no se paga mas que la mano de obra, y esta cuesta al gobierno mucho menos que la de los particulares; en tales términos, que costando a diferentes empresas particulares 3.180,000 reales el estudio de los proyectos de 137 leguas de ferrocarril, al gobierno le han costado los proyectos de 304 leguas 1.830,000 rs. Esta es la razón por qué las obras públicas se ejecutan de esta manera en países tan adelantados como Inglaterra, Escocia e Irlanda.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Celebro mucho haber dado ocasión al señor Ardanaz para defender la ley que estamos discutiendo, ley muy combatida, en verdad, y que a mí ver estaba casi indefensa.

El señor Ardanaz ha dicho que no se había comprendido la ley. No es extraño. La ley es de difícil comprensión. Se necesita una inteligencia muy elevada para poderla traducir, y aunque fuera precisa y clara bastarían los discursos de alguno de los señores de la comisión y el del señor ministro de Fomento, para hacerla incomprensible.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a V. S. que se cina a rectificar.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Eso estoy haciendo. El señor ministro nos dijo el otro día: «La legislación que enuncie no es buena, y necesito destruirla». Pues bien, el señor Echevarría manifestó a su vez que las leyes de 1849 y de 1851 quedaban vigentes. Si queda dada sobre esto, reuendense las palabras que en el mismo sentido acaba de pronunciar el señor Ardanaz.

Según S. S., la ley que discutimos da cohesión, y aun confirma a aquellas. ¿A qué nos atenemos? Si se destruye lo existente, como nos dijo el señor ministro, las leyes citadas quedan derogadas. Si, lejos de derogarse, se las da cohesión y fuerza, como afirma la comisión, entonces el artículo que se discute es incomprensible. Dice así: «El estudio, construcción, reparación y conservación de las carreteras, etc., se hará por cuenta del Estado». Pues él art. 1.º de la ley de 28 de abril de 1849: «La construcción, conservación y mejora de los caminos vecinales son de cargo de los pueblos». SS. SS. se servirán por favor de acuerdo para saber a qué atenernos.

Pero hay mas... (El señor Ardanaz se levanta y dice: «No hay mas».)

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a V. S. que no entre en el fondo de la cuestión.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Estoy deshaciéndome de inexactitudes.

El Sr. PRESIDENTE: Si el Congreso acuerda que consuma V. S. turno, podrá hablar lo que guste; de otro modo no puede permitírsele.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Yo dejo intacta la cuestión principal.

Sentadas estas consideraciones, resolví si la ley está inteligible.

Sobre la distribución de fondos, lo que he dicho es que las cantidades consignadas en un capítulo no podía el ministro sin romper las leyes, destinarlas a atenciones de otro capítulo.

Ultima rectificación que me resta hacer.

El Sr. PRESIDENTE: Nada mas que sobre un hecho.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Nada mas. Me ha reconocido el señor Ardanaz, porque en la sesión del 12 tuve el honor de demostrar, a mi entender evidentemente, que para obras públicas, según el plan del señor ministro de Fomento, sería preciso votar anualmente 700 millones exclusivamente para el presupuesto de obras públicas, a mas del presupuesto general de los Estados. Pues yo remito a los señores diputados a los datos que aduje en mi discurso. Ahí está demostrada esta verdad de una manera palmaria, auxiliada con las palabras y cálculos de dos personas respetables, el señor ministro de Fomento, y el señor Ardanaz.

El Sr. SANCHEZ SILVA: El señor Ardanaz ha supuesto que yo había confundido el personal con el material de obras públicas. Yo lo que dije fue, que costaba anualmente 25 millones de reales el personal de obras públicas que cobra sueldo fijo, aunque no se cobra una espesa de tierra en ningún camino, porque para las obras hay un presupuesto de 20 millones. Los portajeros se establecen para subsanar en parte con su importe el deterioro de las carreteras, y están tan mal administrados, que no producen mas que 12 millones, cuando el entretenimiento de las carreteras cuesta 45; y sin embargo, yo estoy seguro de que cualquier empresa particular, las tomaría a su cargo, y ganaría.

En cuanto al mayor precio a que salen las obras públicas a los particulares, esto proviene de que se sirven generalmente de ingenieros extranjeros, que como tienen que venir desu país hacen pagar mas caro su trabajo, al paso que los españoles reciben además de su sueldo esa cantidad que ha dicho S. S. que costaban al gobierno esos estudios.

El Sr. ECHEVARRIA: El primer cargo que se ha dirigido a la comisión es la contradicción en que está con el gobierno sobre si ha de quedar vigente o no la ley actual de carreteras. Esta quedará vigente en una parte y en otra no, y tanto es así, que un camino vecinal, y Sevilla y otras varias provincias se están preparando ya a hacer lo mismo. Véase, pues, cómo no hay tal contradicción, y cómo cuantos argumentos se hagan sobre esta materia, carecen de fundamento.

El señor González de la Vega ha dicho que el gobierno, con la ley actual, no podía variar el empleo de los fondos de un capítulo a otro del presupuesto. Esto es indudable; pero también lo es que dentro de un mismo capítulo puede concentrar todas las sumas consignadas a obras públicas en una sola provincia, y que esta es una arbitrariedad, a la cual hay que ocurrir como se ocurre con la ley que se discute.

Ha dicho el señor Sánchez Silva, que el aumento de precio de las obras públicas hechas por los particulares, consistía en que se valían de ingenieros extranjeros. La mayor parte de las obras a que se ha referido el señor Ardanaz, son hechas por ingenieros españoles.

Se dice también, que hace tiempo que han venido las provincias reclamando la autorización para construir sus caminos, y que el gobierno había tenido la culpa de que no se hicieran. El gobierno no podía consentir en que las provincias hicieran unos caminos, pasando por cima de todas las leyes.

Voy a concluir manifestando, que el gobierno no ha fijado, ni el tiempo en que han de hacerse esos caminos, ni su extensión, y que, suponiendo que haya que hacer unas 12 ó 14,000 leguas de caminos, solo se aumentará el presupuesto de obras públicas en unos 100 millones; es decir, próximamente en una séptima parte de lo que decía el señor González de la Vega.

Se preguntó al Congreso si se prorrogaría la sesión, habiéndose acordado afirmativamente, dijo

El Sr. ARETIO: Señores, es una desventaja ciertamente que yo empiece a hablar en los momentos en que se encuentra tan fatigada la Cámara, cuyo aspeo es, por otra parte, poco propio para animarme a seguir haciendo uso de ella con la extensión que creo requiere este asunto.

Yo creo que nada justifica la impaciencia con que se quiere llevar a la votación este artículo, porque en él se contiene toda la sustancia de la ley, y en él se bosqueja en tres renglones ese sistema tan difícil de comprender, porque la ley no lo determina con la claridad que debiera, y que se opone a lo que estaba admitido por la costumbre y por todas nuestras leyes.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, y deseando no molestarla atención de los señores que han permanecido en sus puestos para esos temas, desisto del propósito de dar extensión a mis ideas.

Yo me proponía recordar la cuestión de que aquí se ha prescindiendo, y que ha servido de punto de partida al proyecto del gobierno. Reconozco el sincero patriotismo que anima al señor ministro de Fomento al adoptar el pensamiento cardinal de esta ley; pero no reconozco las ventajas que se le atribuyen. La cuestión planteada ha sido esta: «Tenemos pocas carreteras y mal distribuidas, y es necesario establecer un equilibrio conveniente». Esto es muy laudable; pero ¿qué consecuencia se ha sacado? Si ha supuesto inexactamente que las provincias y los pueblos no han hecho nada, y se ha dicho que el gobierno debe hacerlo todo.

Yo he dicho sobre esto que la apreciación de los hechos en que se ha fundado esa consecuencia era inexacta; que la mayor parte de las carreteras generales ha sido costada por las provincias, y voy a probarlo.

Necesito ante todo hacer una distinción. En el año de 1835, las Cortes dieron la primera ley de presupuestos en la forma que tenemos ahora; pues bien, antes de esa época cuanto que en España habían concurrido a ejecutar con varios arbitrios, inclusa la prestación personal, hasta 34 provincias. Gerona, Barcelona, Tarragona y Lérida contribuyeron a la carretera de Barcelona a Valencia; Castellón, Valencia, Alicante, Albacete, Ciudad-Real, Toledo, Guadalajara y Cuenca contribuyeron con varios arbitrios para la carretera de las Cañillas, y precisamente en 1835, a petición de los diputados valencianos, se suprimieron estos arbitrios; Granada, Málaga, Almería y Jaén contribuyeron con arbitrios locales para las carreteras de Bailén a Jaén y Granada, y de Almería a Málaga. Almería y Jaén de Córdoba a Málaga; Avila está en igual caso.

El Sr. FUENTES: Señor presidente, pido la palabra para una cuestión de orden.

El Sr. PRESIDENTE: No hay cuestión de orden ahora.

El Sr. FUENTES: No hay número suficiente para deliberar.

Pido que se lea el art. que exige 70 diputados para deliberar.

El Sr. PRESIDENTE: Cite V. S. el artículo y se lea.

El Sr. ARETIO: Las provincias de Salamanca, Segovia, Zamora, León, Palencia, Burgos, Santander, Logroño y Soria, contribuyeron a la carretera de Burgos a Berceo a la de Rioja; y León y casi las demas de Castilla a la de León al puerto de Pajares; Asturias contribuyó con la mayor parte del coste desde Pajares a Gijón; Oviedo, Lugo, Coruña y Pontevedra contribuyeron a sus carreteras sin otra excepción que la de Astorga a la Coruña. Resulta, pues, que hasta el año 35 había 34 provincias que contribuyeron a la construcción de las carreteras generales que he citado.

En esa ley de presupuestos de 1835, se definió cuáles eran las carreteras generales; y se dijo, que las que partiendo de Madrid comunicaban con las provincias y departamentos de marina, las cuales debían ser costeadas por el gobierno. Pues bien, algunas provincias emprendieron con sus recursos la construcción de las carreteras generales que no tenían, y esa marcha se ha seguido hasta nuestros días. Mientras las provincias han tenido que proceder a la construcción de esas carreteras generales, no pudieron hacer las provinciales.

En el sistema antiguo tenían las localidades la intervención directa, y se propone restablecer la unidad con esta ley. Pues qué, ¿no ha habido unidad hasta ahora en obras públicas? ¿No dependían de un ministerio? ¿No tienen un cuerpo facultativo? Lo que aquí faltaba era un plan bien meditado de toda clase de vias públicas, valiéndose para su ejecución del concurso, así de las provincias como de las localidades.

Con este motivo recuerdo lo que se ha dicho acerca de los directores de caminos vecinales. Estos por la ley están sometidos a la dirección de los ingenieros. Por consiguiente, no son, ni pueden ser, obstáculos a la unidad. Por este creo que habría sido fácil conseguir el bien propósito del gobierno sin apelar a las disposiciones de este proyecto; y por eso me había propuesto traer una enmienda a este artículo salvando lo que me parece mas digno de conservación en el sistema que se trata de anular.

Sin embargo, he desistido de presentar esa enmienda, porque encuentro en el proyecto algunas disposiciones que acepto, y además crea que una enmienda que vi en manos de amigos míos, sería presentada. Yo creo que no era difícil la conciliación de las diversas ideas que aquí se han sostenido.

Creo que haciendo el Estado las carreteras de primer orden, las provincias las de segundo, y los municipios las de tercero, sin perjuicio de que el Estado acuda con sus auxilios a los que por sí no puedan proveer a sus necesidades, quedaria la ley muy aceptable. Por eso propongo a la comisión que retire el art. 19 y los que inmediatamente le siguen, para redactarlos de este modo: (S. S. leyó.)

El Sr. SANCHEZ: Pido que se lea el artículo 135 del reglamento. (Se leyó este artículo que dice: «que en cualquiera estado de la discusión pueda cualquier diputado pedir la observancia del reglamento o la lectura de cualquier artículo.»)

El Sr. PRESIDENTE: Vistahermosa: Cite V. S. el artículo que quiere que se lea.

El Sr. SANCHEZ: El artículo 102.

Se leyó este artículo, según el cual, para abrir la sesión se necesita la presencia de 70 diputados.

El Sr. SANCHEZ: No hay 70 diputados.

(Varios señores diputados): No estamos deliberando.

El Sr. PRESIDENTE: Se va a leer el art. 126.

Se leyó este artículo, según el cual, ningún diputado puede hablar sin que le conceda la palabra el presidente.

El Sr. PRESIDENTE: Mientras el presidente no conceda la palabra, ninguno tiene derecho a hablar. Continúa V. S., señor Aretio.

El Sr. ARETIO: Si se aceptan las precedentes enmiendas, deberán tener lugar, a continuación de ellas, los siguientes: (S. S. leyó.)

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Aretio, se está discutiendo el art. 19.

El Sr. ARETIO: En él estoy; hablo en un caso hipotético.

El Sr. PRESIDENTE: Hipotéticamente podría V. S. redactar una nueva ley.

El Sr. ARETIO: He dicho al principio que en el artículo está la sustancia de la ley, y está tan enlazado con los dos ó tres siguientes, que hay necesidad de variarlos al modificar el 19.

Una cosa voy a decir que tiene relación con la unidad de este proyecto, según se ha explicado por los que lo defienden. Según la ley, el estudio de una carretera cualquiera se hará por el gobierno ó sus delegados, y según la ley vigente de caminos vecinales, se hará por los pueblos bajo la dirección del ingeniero del distrito.

Ha dicho el señor Echevarría que habrá caminos vecinales que construirá el gobierno; que otros podrán construir los pueblos, y que para los primeros servirá esta ley y para los segundos la de caminos vecinales. ¿Qué será entonces la unidad que se busca?

Antes de concluir, debo preguntar a la comisión si retira su artículo para redactarlo de nuevo.

El Sr. MENBRADO: La comisión no puede retirar su artículo.

El Sr. ARETIO: Yo no pretendo sostener que mis opiniones sean mejores que las de los señores de la comisión.

El tiempo demostrará quién se ha equivocado; y al decir esto debo dirigirme al señor ministro de Fomento en mi nombre y en el de mis compañeros, para asegurarle que cuando este proyecto sea ley, la acabaremos con el respeto debido, y que encontrará en nosotros auxiliares celosos. Dicho esto, y para concluir, manifestaré que yo no voto esta ley porque la encuentro ocasionada a muchos inconvenientes. Desde luego, porque tiene los inseparables de una novedad tal como la de premiar las provincias mas activas, y por tanto las mas ricas, por ejemplo las catalanas, y como este premio ha de salir de la suma repartible, las mas ricas sufrirán el perjuicio. El equilibrio que se desea no se conseguirá tampoco, y este dará lugar a abusos inevitables.

Esto para el pronto, pues mas adelante es aterrador el aumento de las contribuciones que presenta este sistema, y el que yo defiendo corta este mal. Tráese también inconvenientes, porque no queda determinada la acción de las localidades que deben concurrir con la del gobierno a la ejecución del plan de carreteras.

El Sr. ECHEVARRIA: Nada tiene que contestar de nuevo la comisión; los argumentos del señor Aretio, son los mismos que usó en la totalidad, y que han presentado ya otros señores. Por consiguiente, repito que nada mas tiene que contestar.

Habiéndose considerado el punto suficientemente discutido, el art. 19 se puso a votación y fué aprobado.

El Sr. VICEPRESIDENTE, conde de Vistahermosa: Orden del día para mañana, continuación de la discusión pendiente, y la de instrucción pública. Se levanta la sesión.

—Eran las siete y cuarto.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—Acaba de cerrarse el primer curso de la escuela especial de Náutica y Comercio establecida en Rivaduro por real orden de 21 de agosto de 1856, y se han verificado así mismo los exámenes en los que los setenta y tantos matriculados han dado pruebas de su laboriosidad y aplicación, resultando once sobresalientes en matemáticas, seis en dibujo lineal, tres en geografía y seis en lengua francesa. Los ejercicios de oposición a los premios ordinarios se han verificado también con lucimiento.

—Las correspondencias y periódicos que ayer recibimos de Valencia alcanzan hasta el 13 y nada nos dicen de particular: tanto en la capital como en los demas pueblos de la provincia reina la mayor tranquilidad: la cosecha de seda seguía fructificando siendo pequeño el resultado, a consecuencia de estar muy bajos los capullos. La solemne procesion del Corpus se celebró en Valencia con toda la pompa de costumbre; la fuerza de la guarnición en su estado de brillantez digno de elogios cubrió toda la carrera: los jóvenes del Hospicio de la Misericordia perfectamente uniformados, la acompañaron con su música, y en el mismo día estrenaron uniforme los agentes de policía.

—Del pueblo de Belcaire (Gerona) nos escriben lo siguiente:

«En este pueblo acaba de consumarse un crimen, el mas atroz. Tres mujeres aguardaron a otra al piso; de la cual, según se dice, tenían que venir con algun agravio. Así que la divisaron, saltaron al encuentro, y después de haberla dado una tremenda paliza, y palmeándola—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una sociedad agrícola industrial en participación, que se convertirá en alguna tan luego como obtenga del gobierno la correspondiente autorización.

—Bien venido.—A las nueve de la noche nos hizo ayer la visita de costumbre un nuevo colega de fomento, industria y literatura, que con el título de El Eco de la Corte, ha empezado a publicarse en la de España. Le deseamos tantos años de vida como alcanzó Matusalen.

—Génio musical.—Un quidán que a la ópera asista, como decir oía—cuando cantaban tres—¡qué buen terceto!—cuando cantaban cuatro—¡qué cuarteto!—creyó de buena fe que se añadía—para nombrar las piezas concertantes, el número total de los cantantes, —el otro por final; y ciertamente—que se hallaban los coros en la escena,—escamó muy agitado y palmeando—y en voz alta y serena—¡qué buen día y nuevo están cantando!»

—La Española.—Con el título que sirve de epigrafe a esta crónica, y bajo muy buenas condiciones, ya se establece en esta corte una